

“Paco Yunque” y otros cuentos (póstumos)

Denuncias del otro lado

Angie Arce

Ahora le va a pegar, porque le estaba enseñando los puñetes y le miraba con ojos blancos.

“Paco Yunque”.

Desde pequeña me metieron en la cabeza que debía estar orgullosa de ser descendiente de César Vallejo. “Pero si no he leído nada de él”, yo replicaba, y de nada servía, porque me embutían *Los heraldos negros*, mientras la abuela me obligaba a recitar en los almuerzos familiares. A mí me daba asma y me liberaba del asunto, pero mi prima no tenía tanta suerte. Es quizá por eso que siempre tuve temor a aventurarme entre sus páginas. Hasta ahora. Estos cinco cuentos son mi primera experiencia personal con Vallejo y son tan cotidianos que muchas veces sentí que tenía que formar parte de la historia.

Nunca un cuento me había hecho enfadar y sentir tan impotente como “Paco Yunque”, nombre del personaje a quien se presenta en su primer día de colegio. Tanto movimiento hay que no sabe a dónde mirar, a qué prestar atención. Desde ese momento lo vi como uno de mis amiguitos de inicial, que se pegaban a las faldas de sus madres maquilladas, mientras ellas les lanzaban unos “Te quiero” fugaces e insistían en que tenían que ir a trabajar. A mí me divertía ir al colegio, pero a Paco Yunque el miedo lo tiene inmóvil. Es que él no ha ido a ese colegio para tener una mejor educación, sino para hacer compañía, como emblema del poder que tiene la familia Grieve. Por ende, el heredero, el niño Humberto, tiene el descaro de llegar tarde y pobre de Paco que le dijera algo, porque “[...] el niño Humberto era malo y pegaba pronto, a cada rato. En la calle. En el corredor también. Y en la escalera. Y también en la cocina, delante de su mamá y delante de la patrona”. Encima, se hace el payasito en el salón y desafía al profesor con la inmunidad de un diplomático.

La editorial española Cenit le pidió a Vallejo que escribiera un cuento para un libro de literatura infantil, pero se lo devolvió porque decidieron que tenía una temática muy fuerte. Georgette también comentó que es “demasiado triste”. Y por el tono mismo del cuento, no me sorprendió que provocara en mí un odio tremendo por Humberto Grieve, que mantiene a Paco lleno de golpes en un callejón sin salida. Quise reescribir el final, agregarme como un personaje a la que le hicieran caso. A la larga, terminé aguantando a Humberto en silencio, porque, aunque Paco Yunque me desesperó, sabía que él mismo no tenía alternativa.

Sucede algo bastante diferente en “Viaje alrededor del porvenir”, donde los protagonistas sí tienen opciones, pero se dejan llevar por la promesa del dinero. Es cosa sabida que los jefes suelen dar incentivos económicos para mejorar el desempeño laboral, así como para premiar un notorio esfuerzo, ¿pero qué pasa cuando lo que quiere tu jefe es que tengas un hijo varón? Todo suena peor si digo que es un hacendado despótico de ascendencia italiana y que habla español como chino culí. Esta es la situación en la que terminan envueltos Arturo y su esposa. Lo primero que me molesta al leer este cuento es el machismo, pero Vallejo lo deja un poco de lado para enfatizar las diferencias en la jerarquía. El hacendado le exige a Arturo, Arturo abusa de sus obreros y así es la vida, pues. Los esposos, siguiendo una lógica inexplicable para mí, no vuelven a mencionar a su recién nacida y se concentran en tener un hijo, para ellos no hay método demasiado supersticioso, prueban de todo y se preguntan si es cuestión de alimentarse bien o de alguna técnica específica.

Y ojalá hubiera una técnica para detener los ataques de risa que le dan a uno. He tenido unos cuantos memorables, incluyo uno que me hizo comprobar que hay veces en que los fluidos no se controlan. El contagio es lo peor y sucede, sobre todo, cuando somos niños. Y eso es lo que les pasa a Juncio y Analquer, que acaban de llegar a la primera ciudad que ven en su vida justo cuando se está realizando una bendición en la plaza. Escuchar la misa sin tener a mamá que te dice que prestes atención sin reírte quizás pueda provocar justamente eso, que dé un poco de risa la solemne e impostada voz de un cura concentrado. Tan simpáticos son esos dos soras que no solo aparecen en este cuento, sino en *El tungsteno*, además, por momentos, me olvidaba de las miradas de los extraños y de los "Son salvajes... Son dos brujos. Son descendientes de los incas". Si no es igual a lo que dice la sociedad, es malo. La lección queda bastante clara: la falta de tolerancia te lleva a la injusticia. Y eso que ellos solo se rieron.

Más gracioso que el cura del pueblo es Miguel, un personaje inspirado en el hermano mayor de Vallejo, quien a sus trece años protagoniza el relato "El niño del carrizo", dando saltos en cuatro patas con sus cuatro perros. Miguel se mimetiza con la flora y fauna, mientras los adultos van en busca del carrizo. Me hubiera gustado que de niña me permitieran embarrarme con mis mascotas caminando en busca de aventuras. Lo máximo que logré fue un

castigo por ensuciar mis zapatillas en lodo, pero Miguel hasta bebe agua del río como un can. Cuando leí el cuento, olía a pasto mojado. La vitalidad de Miguel es contagiosa, no tanto como la risa, pues aunque estuve encerrada en mi cuarto yo me sentía entre los árboles con el viento en mi cara. Y eso que mi ventana estaba cerrada.

Creo que la ventana de la sala de profesores en el cuento "El vencedor" también estaba cerrada. Cómo no van a haber escuchado tremenda pelea que se había armado entre Juncio y Analquer durante el recreo. Se estaban sacando la mugre por una razón tan irrelevante que ni ellos mismos se acordaban. Los chicos alrededor apuestan por uno, luego por el otro, por el pobre, luego por el rico. Sin embargo, después de la adrenalina del momento, ¿qué queda? Nos deja con la sensación de que no importa haber vencido, igual los ricos siempre ganan. Este es el demoledor cuento que acaba con un Vallejo denunciador, como el de Paco Yunque. Desde chicos promovemos definir quién es el más fuerte, pero la satisfacción a veces no se la lleva el ganador. Eso lo sabe muy bien el de este relato. A todos les queda un sinsabor. A todos menos a mí, que por fin puedo decir que he leído más que un "Hay golpes en la vida", del famoso miembro de mi familia. La abuela estará orgullosa, se lo contará a sus primas y, cuando me pidan contar alguna historia de cómo llegué a los cuentos y no a la poesía, ya no fingiré tener asma.